

EL INFORTUNIO DE BOLIVAR

- * Una reparación sentimental**
- * Cuando la grandeza incomoda**

Bolívar murió como convenía a los cánones románticos que imperaban al final de su existencia, es decir, abandonado y tísico. Era esta desventura una especie de compensación exigida a cambio de la gloria, dentro del modelo heroico de entonces.

Lo más patético de su aflicción, hace esto ciento cincuenta años, es que Bolívar fundador de repúblicas, murió siendo sentimentalmente un apátrida. Nadie lo quería; por lo menos ninguno podía resistir de cerca el reproche de su grandeza.

Venezuela fue pérfida con el más grande de sus hijos. El general Páez, simplísimo, cruel, iletrado, se ensañó contra él, acompañado por quienes gobernaban al vecino país. Proscribieron al Libertador y le prohibieron regresar a ese territorio. Estos días decembrinos, cuando todas esas cosas hay que recordarlas, son afrentosos para los venezolanos porque la perfidia de los mandatarios de ese país contra su Libertador perduró durante décadas.

En Perú habían preferido glorificar también a un hombre manso y huidizo como San Martín, que estaba lejos, por temor a la galvánica figura de Bolívar, cautivadora, gravitante, que determinaba cantidades de destino por el solo hecho de estar ahí.

En Bogotá, la trunca de enanos leguleyos se había adueñado oblicuamente de los mecanismos de la legitimidad, convirtiendo en legal lo que no era sino pequeñez.

El partido de los liberales había ganado la batalla de los incisos. Triunfó la mediocridad al amparo de los mecanismos de la sensiblería libertaria. Bolívar era el enemigo. Su expresión visible, palpable, no podía ser otra que el autoritarismo, la monarquía, los militares, la represión.

El Libertador extenuado, con un vigor físico declinante, que apenas le permitía sostenerse en pie, seguía siendo el blanco de los ataques de los liberales triunfantes. Fueron ellos los que le hicieron llegar a marchas forzadas el decreto de expulsión de Venezuela, para regocijarse con el dolor que esto pudiera ocasionarle.

Contra Bolívar estaban entonces todos los militares segundones, los que habían preferido los bufetes a los campos de batalla y que querían libertarse de las charreteras de unos oficiales bravucones e incultos, que mostraban broncas aspiraciones políticas incompatibles con las de los burócratas santanderistas. Quienes habían asesinado a Sucre —José María Obando y José Hilario López— se aprestaban a tomar el poder para realizar la primera purga de nuestra historia en el escalafón del ejército colombiano.

También se escondieron, acobardados, los bolivianos. La inquina de los enemigos del Libertador andaba en busca de quienes mostraran simpatía por el héroe para señalarlos como enemigos de la libertad. Desconcertados por el vacío, ya presentado, que dejaría la muerte de Bolívar, y comprometidos en una improvisa-

da, y desacreditante aventura castrense, los bolivianos desaparecieron de la escena política. Fue una hora de tinieblas para las fuerzas nacionalistas, que antes y después de ella hubieran podido configurar el partido conservador colombiano. Pero era tal la conjunción de elementos adversos a la memoria del Libertador que había sido provocada por sus mezquinos enemigos, que lo único posible era esconder cualquier lazo de amistad o sentimiento de devoción hacia el Padre de la Patria.

La gloria de Bolívar atravesó por un túnel de desprestigio que se prolongó por varias décadas. Fue cuando resultó necesario hasta borrar el epitafio de su tumba para que algún santanderista no cometiera un sacrilegio. El Libertador pasó a ser el "general" Bolívar, sobre cuyo nombre se acumularon impunemente agravios y calumnias.

El tamaño histórico de Bolívar se reconstruyó en virtud de su propio peso específico. Queriéndolo o no, los países y las instituciones que él había formado necesitaban su presencia. Las cartas del Libertador, que conforman hoy no sólo el más elocuente sino el más iluminante libro político de nuestra América, fueron creando conciencia de la historia en la gente desprevenida y casi siempre atolondrada que se había hecho la ilusión de prescindir de la figura gigante que había dignificado la Independencia.

Ciento cincuenta años después, todavía vemos los esfuerzos de los enemigos del Libertador, tratando de colgar de su gloria el prestigio recortado de los demás próceres.

La conmemoración de hoy, más que un ceremonial diplomático y protocolario tiene el carácter de una reparación sentimental. Porque fue muy grande el infortunio que padeció nuestro héroe y muy penosa la ingratitud de sus contemporáneos, generosísima tiene que ser la recordación que hagan los pueblos que a través de él adquirieron tamaño para presentarse en el escenario de la historia.

**Extractado de la columna Editorial del periódico El Siglo, de fecha 15 de diciembre de 1980
Por el Dr. Alvaro Gómez Hurtado.**